

*Medios de Comunicación,
Televisa
y
Variedades de Locura*

I) *Introducción*

El tema general de la locura es un tema sumamente complejo acerca del cual no me pronunciaré más que tangencialmente en esta ocasión. Para los efectos de esta plática, me parece que una caracterización general de la locura es más que suficiente, puesto que de lo que se trata no es de conectar dicho tema con consideraciones de orden neurofisiológico, psicológico, lógico o lingüístico, sino simplemente de disponer de una cierta plataforma conceptual básica para poder entonces examinar el tema de la creencia y temas aledaños, como lo son el lenguaje y los valores, desde la perspectiva de los medios de comunicación. En mi caso particular, me interesa examinar, aunque sea superficial o someramente, la relación que hay entre lo que podríamos, con mucha elasticidad conceptual, considerar como formas de locura y la televisión, concentrándome en el caso particular de Televisa.

Sin ni mucho menos pretender ofrecer una definición formalmente correcta y materialmente adecuada de 'locura', partiré simplemente de la idea de que la locura es básicamente una descomposición o descompostura de nuestros mecanismos normales de formación de creencias. Independientemente de qué concepción de las creencias adoptemos, es decir, que las veamos como "estados mentales", como "disposiciones para actuar" o como "configuraciones neuronales", lo que para nosotros aquí y ahora es relevante es simplemente el hecho de que una creencia es ante todo algo que se justifica, algo que se valida. La idea es simple: si se nos pregunta qué creemos y por qué creemos tal o cual cosa, en condiciones normales estaremos dispuestos a enunciar nuestra creencia y a ofrecer una justificación de ella, esto es, a fundamentarla o al menos a intentar hacerlo. Apelaremos entonces a los sentidos, al conocimiento establecido, a la memoria, etc. Lo que quiero decir es que el hombre normal en principio intenta sistemáticamente dar expresión a sus creencias y validarlas, para lo cual recurre sistemáticamente a su sistema general de creencias con el fin de integrar o rechazar cualquier creencia nueva.

Lo anterior ayuda a comprender mejor el caso de quien podemos considerar como el loco paradigmático, el loco perfecto, el loco ideal, esto es, Don Quijote de la Mancha. ¿Por qué podemos sin temor a equivocarnos que Don Quijote es un loco? Porque claramente en su caso los mecanismos usuales de justificación de creencias simplemente dejaron de funcionar. Como loco que es, Don Quijote no se siente obligado a dar cuenta de sus creencias, por lo cual se siente totalmente libre

de creer, literalmente, lo que le venga en gana. Independientemente de que venga acompañada de sabiduría, su locura se manifiesta ante todo en que él no está dispuesto a ajustar sus creencias a la realidad compartida por la comunidad de hablantes. Qué implicaciones tenga este caso ideal de locura para, por ejemplo, sus condiciones neurofisiológicas es un tema en el que no intentaré abundar en esta ocasión.

Lo que sí me interesa, sin embargo, es retomar y aprovechar la idea de descompostura en nuestros mecanismos de formación y validación de creencias. De entrada quiero decir que no veo ninguna conexión especial entre los medios masivos de comunicación y la locura en sus manifestaciones más fuertes, entre, digamos, los diarios y un sicótico total o entre la radio y la esquizofrenia. No obstante, quizá podríamos establecer alguna clase de conexión entre medios de comunicación y deficiencias psicológicas si usamos el término 'locura' de una manera laxa y flexible. Lo primero entonces que ello nos permitiría señalar es que las descomposturas mentales pueden ser de lo más variado y pueden abarcar desde casos desesperados (y desesperantes) hasta casos de estados psicológicos cotidianos. O sea, en un sentido suave, podemos convivir con la locura y de hecho lo hacemos. En este sentido muy amplio y un tanto vago pero de todos modos útil, podemos hablar de locura cuando a lo que nos referimos es a fenómenos como el de no sentir la necesidad de justificar nuestras creencias y por lo tanto de creer prácticamente lo que se quiera o lo que nos convenga creer, al estar satisfecho con una adopción pasiva de creencias, fundada por ejemplo en una actitud de idolatría semi-absurda frente a un ícono auto-impuesto, como podrían serlo un locutor o un comentarista deportivo. En esos casos, los mecanismos normales de justificación de creencias se paralizan, como un motor que se desvía. Un ejemplo de esto es el siguiente: yo recuerdo que, allá por los años 70, mucha gente se pronunciaba, al igual que ahora, a la ligera, sobre temas políticos y cuando se les pedía una justificación de lo que afirmaban respondían diciendo: "Ya lo dijo Jacobo". Con eso indicaban que habían llegado al punto final en la justificación racional de sus creencias (en este caso, políticas) y que en el fondo sus creencias eran las que otros les habían impuesto! El problema, claro está, es que esta forma de "justificar" creencias era insostenible y el vivir de esa manera tiene consecuencias negativas nada desdeñables. Es de esta clase de deficiencias cognitivas, si la podemos llamar así, de la que quisiera decir en esta ocasión unas cuantas palabras.

Una vez hecha la aclaración de que uso la noción de locura de una manera suave y un tanto vaga, quiero señalar que la variante de locura a la que quisiera referirme en esta ocasión es lo que me voy a permitir llamar la 'estupidización' de las personas, esto es (en este caso), de los televidentes. Hablo de locura porque hablo de un reblandecimiento inducido, de un debilitamiento promovido y hasta de una parálisis en los mecanismos cognitivos y racionales de formación e intercambio de creencias y todo ello como un fenómeno popular masivo. Como ya anuncié, el

caso de medio de comunicación que me interesa considerar es el de la televisión y, más concretamente, el de la poderosa empresa Televisa. Lo que al respecto quiero argumentar es que se puede explicar por qué, después de 40 años de libertinaje mediático, Televisa dejó al pueblo mexicano, por decirlo de algún modo, noqueado mentalmente. Para decirlo de manera plástica, 40 años de Chespirito bastaron para estupidizar a decenas de millones de personas. El célebre “Chavo del Ocho”, desde luego, por sí sólo no habría podido tener consecuencias tan deplorables como las que de hecho tuvo, pero es relativamente claro que mi afirmación tiene un carácter más bien simbólico, más general y se entiende perfectamente cuando es debidamente contextualizada: por un lado, es el Chavo del Ocho **más** los noticieros, la telenovelas, las series, los reality-shows, etc., y, por el otro, la carencia casi absoluta de programas instructivos e útiles, es decir, la ausencia casi total de la dimensión de programas culturales serios, lo que de manera conjunta tuvieron los efectos que afirmo que tuvieron y que, desgraciadamente, son fácilmente constatables. Mi objetivo, por consiguiente, es intentar efectuar una reflexión general, la cual difícilmente podría ser exhaustiva, sobre un fenómeno empírico, a saber, la conexión entre, por una parte, Televisa y, por la otra, la idiotización sistemática del mexicano medio. Me propongo, por lo tanto, considerar velozmente el fenómeno mencionado desde tres perspectivas diferentes, a saber, una perspectiva epistemológica, una semántica y una moral. Considerémoslas en ese orden

II) *Síntomas de la descompostura*

Antes de iniciar nuestra reflexión propiamente hablando, sin embargo, creo que debería intentar explicar nuestra selección temática. Para empezar, un error que es preciso evitar a toda costa es achacarle a Televisa más culpas de las que tiene, es decir, fallas que simplemente no son suyas. El bajo nivel educativo de nuestra población, por ejemplo, que debe ubicarse en promedio alrededor del tercero de primaria, no es estrictamente hablando culpa de la empresa. De igual modo, tampoco es Televisa responsable directamente por el paupérrimo nivel cultural de los mexicanos. Después de todo, Televisa no es ni la Secretaría de Educación Pública ni un organismo al servicio de dicha institución. En todo caso, lo que podría decirse es que es un organismo al servicio de intereses esencialmente contrarios u opuestos a los de la Secretaría de Educación Pública.

Sin embargo, aunque ciertamente sería muy difícil cuantificar la participación de Televisa en el mencionado proceso de degradación nacional, de todos modos es igualmente incuestionable que en algo participa y que en mucho contribuye a que esas tendencias de decadencia e insanidad mentales a nivel nacional se refuercen. Pero, cabría preguntar: ¿en efecto podemos hablar justificadamente de un proceso de estupidización del pueblo de México? Yo estoy convencido de que sólo alguien o muy limitado o muy dogmático podría negar dicha realidad. En todo caso, por lo

menos para tener claro de qué estoy hablando, quizá no esté de más apuntar a algunos síntomas inequívocos del declive mental de los mexicanos. Posteriormente intentaré poner en relación esa realidad con las actividades desarrolladas por la empresa Televisa. En lo que sigue, daré por supuestas ciertas conexiones conceptuales, como por ejemplo las que se dan entre los conceptos de lenguaje y de pensamiento, o de hablar y pensar, dado que por razones obvias no puedo aquí y ahora hacer todas las aclaraciones pertinentes.

En primer lugar, me parece que podemos afirmar, sin orgullo desde luego, que de todos los hispanohablantes el mexicano es el que peor habla su idioma materno, nuestro idioma común, esto es, el español. No es, desde luego, la fonética, el acento o las entonaciones lo que tengo en mente; tampoco me refiero a expresiones coloquiales locales, a peculiaridades de léxico. Hablo más bien de la capacidad de construir oraciones bien formadas y de la facultad de desarrollar un discurso sensato y congruente sobre el tema que sea, aunque no sea más que para meramente describir de manera cruda y escueta una determinada situación. A diferencia de lo que ciertamente **pueden** hacer los argentinos, los cubanos, los colombianos o los chilenos, el mexicano estándar no puede hablar sin entrecortar sus oraciones, sin introducir nuevas formaciones lingüísticas al interior de la que está en ese momento construyendo, sin recurrir a pausas expresadas mediante palabras como ‘este’, ‘digo’, ‘ps’, etc. El cantinflismo, que alguna vez fuera un mal lingüístico del cual el mexicano mismo se burlaba, una deficiencia propia sobre todo de la gente del Altiplano, es ahora un mal nacional y se ha convertido en la forma casi normal de hablar. No puede ya, por lo tanto, ser objeto de risa y parcialmente al menos a eso se debe que la comicidad de Cantinflas haya perdido su sentido. La desventaja lingüística del mexicano, por otra parte, explica por qué a menudo en el extranjero a donde van jóvenes mexicanos que tienen que aprender otro idioma, los profesores en esos otros países, después de años de enseñanza, han llegado a la conclusión de que para que el mexicano aprenda bien el nuevo idioma tienen ellos primero que enseñarle el suyo propio, esto es, el español! Dejo ya de lado la charla vacua e insulsa, formas de hablar artificiales extraídas de programas televisivos, por medio de las cuales rápidamente se identifica a los mexicanos en el exterior, en los aeropuertos por ejemplo. Ahora bien, observaciones como estas no tienen como objetivo meramente consignar algunos hechos de antropología lingüística. Más bien, lo que quiero es vincular tres ideas: en primer lugar, está la observación empírica de lo que de hecho le pasa al hablante mexicano; en segundo lugar, está la tesis de que un ser humano con un lenguaje deteriorado, menguado, deformado, etc., es un ser humano más fácilmente manipulable, se vuelve más indolente, menos crítico, etc.; y, por último, está la afirmación de que a través de una programación infame eso precisamente es lo que Televisa promueve. Al hacerlo contribuye al debilitamiento general de la vida mental del mexicano o, por qué no decirlo, a su embrutecimiento y enajenación y atenta, velada o solapadamente, en contra de los intereses nacionales. Dado que el lenguaje permea el todo de nuestra existencia, el que el

mexicano sea incapaz de expresarse de manera normal (tomando como paradigma de lo normal la forma usual de expresarse de otros hispanohablantes o de hablantes de otros idiomas), de someter a crítica opiniones de otros o que le cueste mucho más trabajo que a otros hablantes formarse él mismo sus propias convicciones, lo vuelve un ser sumamente vulnerable en prácticamente todos los terrenos o ámbitos de la vida. La situación, por lo tanto, es grave. Cómo en concreto logra eso Televisa, independientemente ya de que eso sea lo que explícitamente se propone o no, es algo que intentaré exponer en lo que sigue, asumiendo naturalmente que se cuentan en millones las personas que diariamente consumen sus productos.

III) *Conocimiento, lenguaje y valores en Televisa*

Es evidente que el examen de cómo contribuye Televisa a la conformación o al moldeamiento de la cultura nacional y de la mentalidad del mexicano medio se puede hacer desde muy variados puntos de vista. Aquí quisiera enfrentar dicho tema, como ya lo anuncié, a través de lo que podríamos ver como tres vías o canales, los que llamaré los canales ‘epistemológico’ o ‘cognitivo’, ‘semántico’ y ‘moral’, respectivamente. En otras palabras, lo que quiero examinar es, en primer lugar, el rol que la empresa Televisa juega en relación con cuestiones como los hábitos de formación y justificación de creencias, la difusión del conocimiento, el fortalecimiento de un pensar autónomo y libre y la calidad cognoscitiva de los contenidos programáticos; en segundo lugar, me interesa determinar qué relación mantiene Televisa con los modos normales de hablar y de expresión y formulación de convicciones, pensamientos, deseos y demás; por último, desearía hacer un breve análisis de los valores morales y estéticos, explícitos e implícitos, de las diversas clases de programas que la empresa favorece y que por lo tanto la definen. Terminaré con una apreciación general de su papel, por así decirlo, social e histórico.

A) *Creencias*. Quizá no esté de más hacer el recordatorio de que el conocimiento, la moralidad, la inteligencia, etc., todo ello pasa forzosamente por el prisma del lenguaje. Aunque no del todo exacto, slogans como “Habla y te diré quién eres” o “Habla y te diré qué piensas”, “exprésate y te diré qué sientes”, etc., son ilustrativos. Cuando lo que nos interesa es el conocimiento de la realidad, lo que tenemos que construir es un lenguaje teórico, para el cual las matemáticas son indispensables, sobre la base del cual se erige el sistema de proposiciones que llamamos ‘ciencia’. Así, conocer el mundo en cualquiera de sus facetas (los minerales, el pasado, las galaxias, las pirañas, los números, etc.) es simplemente estar enterado de lo que la disciplina científica correspondiente ofrece. Ahora bien, lo importante de la ciencia no es tanto el que genere una visión puramente abstracta de la realidad, como si su objetivo último fuera simplemente el de permitirnos contemplar en forma gozosa el mundo, por así decirlo, a distancia, sino el hecho de que es gracias al conocimiento

científico que el mundo puede ser manejado, controlado, utilizado. Tener creencias verdaderas es, pues, decisivo, pues es la forma a través de la cual podemos controlar el mundo más exitosamente. Por consiguiente, tener creencias falsas, creencias fáciles, creencias no justificadas, etc., es la mejor fórmula para fracasar en la vida. Por ello, como es obvio, una población instruida está mejor situada, mejor posicionada para triunfar en la arena mundial que una población ignorante.

Ahora bien, cuando le echamos un vistazo a los contenidos de los programas que Televisa ofrece a sus consumidores, de inmediato nos percatamos de que éstos son no sólo ridículos, sino abiertamente negativos y contraproducentes, en el sentido aludido. Un ejemplo magnífico de ello nos lo proporcionan programas a la Jaime Maussan en los cuales, con poses de cosmólogo experto, el conductor se permite hacer las más bestiales de las afirmaciones, explotando temores y creencias propias ya ni siquiera dignas de indígenas de Nueva Guinea. Desde el punto de vista del conocimiento científico, lo que Televisa promueve es exactamente lo opuesto, es decir, abiertamente favorece la charlatanería y la superficialidad. Esta variedad de programas de Televisa tiene, huelga decirlo, un gran impacto en el televidente. A éste Televisa prácticamente no le proporciona ni una dosis mínima de información real: Televisa no tiene programas interesantes de historia, de divulgación de tantos temas apasionantes que la ciencia proporciona y que van desde las estrellas hasta las computadoras, no digamos ya de literatura o de filosofía, temas que debidamente abordados ciertamente podrían resultarles excitantes a más de un televidente. Pero peor aún: con programas plagados de banalidades, sandeces, vulgaridades, humor fácil que es todo menos cómico, etc., lo que se ensalza y se presenta como chistoso a fuerzas es lo que en cualquier otra cultura y, pienso, en prácticamente cualquier otro país, resultaría simplemente grotesco y de hecho inaceptable, carente por completo de interés y hasta ofensivo. En Argentina, por ejemplo, se calcula que es alrededor del 1 % de la población que tiene cable la que ve el tristemente famoso “canal de las estrellas” y de hecho el único programa que la gente ve es “El Chavo del Ocho”. No nos equivoquemos: programas francamente detestables como “La Escuelita”, de Ortiz de Pinedo, más que para retrasados mentales parecen deliberadamente diseñados como para orientar a la gente en la dirección del retraso mental. Sus contenidos son altamente anti-sociales, pues entre otras cosas inducen en los niños a pensar que **eso** que ven es la escuela y que precisamente así es como **deben ser** las escuelas: un lugar en donde sólo se dicen sandeces, en donde no se aprende nada, en donde los maestros son meros payasos, etc. Parecería, por lo tanto, que el objetivo último y ni siquiera tan oculto o subliminal es precisamente que la gente **no** piense, que no se plantee ningún interrogante serio de ninguna índole, que no sepa cómo cuestionar nada. La televisión mexicana, por lo tanto, en su versión “Televisa”, no sólo no le enseña nada al mexicano, no le aporta, desde el punto de vista de la instrucción y del conocimiento, absolutamente nada, sino que lo deja más inerme aun de cómo estaba antes de entrar en contacto con sus programas.

B) *Lenguaje*. Aunque resulte increíble, cuando nos adentramos por el canal semántico la situación empeora. Los “reality shows”, los programas de dizque cómicos que en cualquier carpa que se respetara serían abucheados y hasta corridos, los aburridos y repetitivos programas sobre la dizque farándula mexicana y el show business (programas en los que de quienes se habla es básicamente de los artistas de la propia Televisa), los juegos casi idiotas de palabras que no requirieron de ningún esfuerzo por parte del libretista, no son más que una escuela de deformación de nuestro lenguaje, de ejemplificación de cómo hacerles perder el sentido hasta a prácticas lingüísticas seculares y originales, como la del albur genuino, y la imposición de formas grotescas de hablar. En realidad, a lo que asistimos es, en muchos casos, a una burla permanente y hasta cruel de las formas coloquiales o populares de hablar (los ejemplos sobran, por lo que me los ahorro). Dado que el pueblo mexicano es un pueblo de no lectores, muchas de las expresiones en circulación provienen entonces de traducciones del inglés americano que se usan, de lo que a libretistas ineptos se les ocurre, del lenguaje más ramplón, asignificativo y sin chiste de grupos sociales marginales (el “órale buey”, “sí buey”), etc., etc. Si momentáneamente nos fijamos, por ejemplo, en el lenguaje de las telenovelas, dejando de lado la cuestión del contenido totalmente banal y ridículo de éstas (la misma inverosímil historieta reciclada una y otra vez), la falta absoluta de tensión dramática, el carácter grotesco y artificial de los personajes, etc., veremos que lo que se le da a quien las consume son formas estereotipadas o momificadas de hablar, nunca o muy rara vez formas naturales. Como consecuencia de ello a menudo nos topamos con multitud de gente que se expresa precisamente de la manera semi-absurda y vacua de los personajes de las telenovelas de Televisa. Y, naturalmente, si una persona no tiene otra escuela de expresión lingüística que las formas anti-naturales de hablar de los personajes de los “culebrones mexicanos”, como los llaman en América del Sur, le resultará mucho más pesado el proceso de construcción de pensamientos nuevos, frescos, propios, los cuales exigen un poquito de ingenio e innovación lingüística constante.

C) *Valores*. Cuando nos ubicamos en la dimensión moral, alcanzamos el *summum malum*. Dicho brevemente: a lo que Televisa invita a su espectador estándar es simplemente a integrarse a la putrefacción moral que hoy por hoy permea a la sociedad mexicana. Independientemente de dónde decidamos trazar la división, es claro que de todos modos tendremos que poder distinguir entre moralidad e inmoralidad, entre buen y mal gusto. Ahora bien, lo que es innegable es que la inmensa mayoría de los programas de Televisa caen abiertamente del lado de la inmoralidad y de la bajeza estética. Amparados en el intocable escudo de la “libertad de expresión”, los programas de Televisa son pretextos para exaltar toda una serie de valores que hasta hace muy poco eran totalmente ajenos o contrarios a la percepción moral del ciudadano normal. Una cosa es ser liberal, por ejemplo, respecto a la homosexualidad y otra, muy diferente, es promoverla abiertamente, exaltarla, pretendiendo además a toda costa hacer pasar por divertidas conductas deformes y

lenguaje repulsivo. Lo mismo sucede con el travestismo. Parecería ahora que en Televisa cualquier aspirante a cómico tiene en algún momento que aparecer vestido de mujer. ¿Dónde está lo cómico, yo pregunto? Todos sabemos que existe el fenómeno de lo transexual, pero ¿qué acaso no piensan los dueños de la empresa en lo que tienen los padre y las madres que explicarle a sus hijos e hijas cuando éstos ven un programa de payasos bisexuales? ¿Por qué los hijos de las familias normales tienen que entrar en contacto, y de esa manera, con esos aspectos de la vida, habiendo tantos temas y fenómenos alternativos? En el fondo, lo que Televisa hace no es otra cosa que desarrollar una cínica promoción de la inmoralidad.

Consideremos brevemente los noticieros de Televisa. Éstos son claramente tendenciosos, parciales y manipuladores. Quizá no esté de más, dejando de lado el carácter amarillista de las noticias, dar un ejemplo de manipulación descarada. Recientemente, en el noticiero quizá más importante de la televisión mexicana, esto es, el del canal 2 de las 10.30 de la noche, durante más de una semana se habló de un supuesto rasgo de carácter, aparentemente descubierto hace muy poco por algunos visionarios, llamado ‘bipolaridad’. No voy a entrar en la discusión de si estamos, una vez más, frente a un típico pseudo-concepto científico o no. Yo pienso que ese es precisamente el caso, pero no abordaré aquí y ahora dicha cuestión por la sencilla razón de que no es parte de mi tema. Lo que en cambio sí quiero señalar es que el tema de la bipolaridad, independientemente de que sea equivalente cognitivamente al del chupacabras o no, es completamente redundante como noticia! Sencillamente, **no** es una noticia, como no es una noticia hablar de la formación del sistema solar. ¿Por qué entonces es parte de un “noticiero”? La respuesta es tan obvia que me la ahorro. Lo que en todo caso queda claro es la inmoralidad de los productores de los noticieros y, desde luego, de sus locutores.

En resumen: el más superficial de los exámenes de los productos de Televisa revela que dicho emporio prácticamente no cumple ninguna función social auténticamente benéfica para la población mexicana. Es obvio que organizar un Teletón por año no reivindica a la empresa sino al contrario, puesto que además de evadir impuestos de esa manera todavía le saca dinero contante y sonante a los ciudadanos bien intencionados. Es innegable que Televisa ocupa un espacio social muy grande y justamente por ello de esas magnitudes es su responsabilidad y su culpa. Su labor es casi exclusivamente anti-social y anti-mexicana. Es obvio que, dada su capacidad de penetración en la mente del ciudadano normal, un ser casi indefenso frente al constante bombardeo de los mensajes televisivos, la mala calidad de los productos que se ofrecen tienen que tener repercusiones negativas en sus consumidores. Por ello, si no me equivoco, ni con la mejor voluntad del mundo podría Televisa quedar absuelta de un juicio condenatorio respecto a su rol en relación con la sociedad mexicana. No sólo deja hambriento espiritualmente al mexicano común, cuando su función era darle algo, sino que literalmente lo daña. Y, por si fuera poco, el mal que Televisa ocasiona rebasa con mucho el ámbito de lo

puramente mental. Por ejemplo, si México ocupa a nivel mundial el segundo lugar en problemas de obesidad, ello se le debe en gran medida a Televisa, puesto que ésta vive precisamente del anuncio de refrescos, comida chatarra, golosinas y demás. Con ello, es cierto, Televisa no hace más que aprovechar cínicamente la vía que el estado mexicano le abrió para desarrollar sin restricciones sus actividades y negocios. Ciertamente, la culpa del estado actual, por lo tanto, tanto física como mental, del mexicano, no recae única y exclusivamente sobre Televisa. Eso, naturalmente, no la exenta de su responsabilidad frente al mexicano.

IV) *La responsabilidad social de Televisa*

Sin duda alguna, un primer paso en la lucha en contra de este proceso de degradación mental sistemática, de locura en un sentido suave, al que el ciudadano mexicano es sometido por Televisa es comprender cabalmente la situación y ‘comprender’ en este caso significa simplemente ofrecer una explicación causal mínima. No voy a adentrarme en la cuestión de los compromisos políticos entre la empresa y no ya los gobiernos sino, lo cual es mucho más alarmante, el estado mexicano, sino que quisiera más bien tratar de rastrear algunas de las motivaciones lógicas de esa persona moral llamada ‘Televisa’.

A mí me parece los líderes de Televisa padecen de confusiones conceptuales más bien sorprendentes. Quizá la más obvia sea la confusión de “entretenimiento” con “estupidización”. La idea detrás de esta confusión es simplemente que la cultura es algo esencialmente aburrido, que ser instruido es ser de mal carácter y que ser simplón, decir sandeces, deleitarse en vulgaridades, etc., es ser divertido, pasar bien el tiempo y hacérselo pasar bien a los demás, caer bien. Es evidente que identificaciones conceptuales como esas son fáciles de desbaratar, pero con contraejemplos concretos bata para echarlos por tierra. Tanto el Canal 22 como el 11 proporcionan un número considerable de ellos. Televisa, siendo una empresa inmensamente rica, no produce un programa como los que esos dos canales producen y que para ellos ciertamente significa un esfuerzo mucho mayor, programas como “Los Últimos Santuarios” o “México en la Cultura.” En todo caso, los dirigentes de Televisa parecen no estar al tanto de muchísimo de lo que se hace en muchas empresas televisivas del mundo, en las que la política que se sigue es drásticamente diferente, opuesta a la que ellos practican, y en las que se producen multitud de programas que son a la vez instructivos, útiles y genuinamente entretenidos o divertidos, sin ser stupidizantes. Ciertamente, tal como está estructurada y como funciona, no deberíamos esperar nada interesante por parte de esta super empresa en los próximos lustros.

El problema que representa Televisa se deriva de una situación no creada por ella misma. Televisa, a final de cuentas, no es más que un reflejo inmenso del

desastre nacional que vivimos. Es porque la sociedad mexicana está corrompida de arriba a abajo, porque el nivel educativo y por ende de expectativas y exigencias de nuestra gente es bajísimo, porque se ha impregnado en todos la idea de que la única motivación genuina en la vida es la obtención de beneficios pecuniarios y causas por el estilo que el mexicano tiene que conformarse con los productos mediocres, aburridos e idiotizantes que le vende una empresa como Televisa. Por razones que se me escapan, lo cierto es que ni los dueños de la empresa, ni el ciudadano común ni los dirigentes gubernamentales se sienten particularmente comprometidos con la idea de que una televisora **tiene cuentas que rendirle a la sociedad**, que dado que es un medio de comunicación masiva tiene compromisos con la ciudadanía y que, en vista de los resultados, Televisa tiene una deuda enorme con el pueblo de México. Pero no seamos tan pesimistas! La actividad de Televisa tiene también un efecto positivo en el mexicano, al cual no lo han abandonado todavía su instinto de supervivencia y sentido común: es tan mala la programación de Televisa (con las excepciones de siempre, desde luego), que los televidentes, y me incluyo en este privilegiado grupo, nos hemos cansado de darle vueltas al espectro de canales, de toparnos hasta con los mismos anuncios en dos canales al mismo tiempo, al grado de no soportar ya más la cantidad de sandeces, vacuidades, sinsentidos, ridiculeces, mal gusto, etc., que brota del televisor, que optamos por dejar de ver televisión y dedicarnos a otras cosas. La gran paradoja de Televisa, por lo tanto, a la que nosotros desde luego que le daríamos la bienvenida, sería que ella misma, gracias a lo infame de su programación, lograra que el pueblo de México dejara de ver televisión. Quizá entonces éste podría descubrir, entre otras cosas, la lectura, la cual, dicho sea de paso, tanta falta le hace.